

De oficio: Guasón

Carlos Alberto Navarro Fuentes*

Salía temprano todas las mañanas luego de lavarse la cara aprisa y medio vestirse, mientras estas todavía dormitaban y sin que pudieran desprenderse de la oscuridad de la noche anterior, ni de aquella que siempre la urbe y el mundo actual insisten en secuestrar, por lo general, con inefable éxito. Se imaginaba ya sin la hipocresía de constatarlo frente al espejo, al que nada podía ocultarle, proyectando una sonrisa en el rostro que le convenciera de cierto optimismo futuro que valieran y justificaran el ritornello de las circunstancias presentes, en aras de un éxito apoteósico o alguna otra faramalla que se le pareciese, sino solo y acaso que le convencieran de que algún día su labor se le reconociese como un conjunto de actividades rodeadas de las mejores intenciones en un sentido ético, de responsabilidad y benevolencia mínimas.

Entre faroles solitarios y charcos que se expanden y se secan, emprendía su marcha cotidiana. Un trayecto mucho menos sufrido que el que todos los días mujeres y hombres, indígenas y campesinos deben emprender para llevarse a la boca un poco de agua, para ya luego solo tener que preocuparse porque sus hijos se lleven al estomago algo que les permita amanecer al otro día. Crías que sin necesidad de maquillaje logran entre inexplicables sonrisas y gestos ingenuos de bondad natural, movimientos ralentizados por su natural y cotidiana desnutrición, mostrar eróticas y variopintas manchas en sus rostros que no siendo imposible adivinar, pudieran tentar a cualquier clérigo de soledad inaudita y monólogos iluminados por la retórica-teológica —de tan ilustrada, imposible de ser interrumpida—, concluir invariablemente con un *Réquiem* o *Te deum* que solo puede resonar en las conciencias de estos últimos luego de haber experimentado la voz de dios cual eterno y perfecto orgasmo capaz de gozar del autoexilio en un bosque de la Francia medieval armoricana.

*** Posdoctor en Estudios Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana; Doctor en Humanidades por el Tecnológico de Monterrey; Doctor en Teoría Crítica por el 17, Instituto de Estudios Críticos; Profesor en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.**

Ya luego, subía al pesero, todos dormitaban o soñaban todo lo que se supone debían haber dormido durante la noche y por alguna razón no pudieron.

Otras y otros como ella se acompañaban a la distancia en el camino. Todas ellas y todos ellos, con el alma somnolienta, el espíritu descafeinado y el cuerpo engarrotado, haciendo camino en aras de cumplir con las responsabilidades diarias que solo ellas son capaces de atraer, como el sustento mínimo para sobrevivir la eternidad de la crisis diaria y la infinitud de la permanente miseria que ya ni honor ni respeto despiertan, esto sin necesidad de tener que recurrir al afuera para atestiguarlo. ¿Enseñar? *Performance*. Acto cosmético que como todo simulacro de potencial gravedad telúrica debe ser simulado con fecha definida iteradamente y en tiempo cronometrado: plan, horario, espacio fijo, agentes y autoridades siempre definidas, *time is money*, alcanzar cualitativa y cuantitativamente los objetivos que se desprenden de la misión y visión del mundo en cuestión, evaluaciones, capacitaciones y certificaciones *ad infinitum* entre otras nomenclaturas que deben cubrirse en tiempo y forma.

Ya luego, subía al pesero, todos dormitaban o soñaban todo lo que se supone debían haber dormido durante la noche y por alguna razón no pudieron. O tal vez prefirieron —o no pudieron evitar— no dormir y mantenerse despiertos para no soñar las tantas muertes y sufrimientos evitables. Los cadáveres y los fantasmas no comen. Ella no podía dormir, el miedo y la amenaza de caer en la más absoluta miseria le impedían acallar el murmullo de la conciencia. Ni sus títulos de posgrado como maestrías y doctorados, los que la respaldaban como políglota y las excelentes evaluaciones elaboradas por las y los alumnos que la calificaban como una buena docente, sus publicaciones en varios idiomas y en distintos países con variedad de temas y motivos, le servían de algo frente a la inquisición académica de la supuesta máxima casa de estudios de su país ni respecto de la según los índices internacionales, elaborados por expertos en la materia, entre los que autoridades de esta misma institución no solo se encontraban sino que además mayoriteaban en el concurso global en la materia le aseguraban siquiera un ingreso mínimo suficiente para sufragar sin limitaciones el sustento diario.

Salía del sistema colectivo metro por allí de las 5:40 am para buscar un taxi, único transporte colectivo que podía transportarla a esa hora hasta su destino final ya en otra demarcación territorial. Los fétidos olores de la penumbra atmosférica impregnada de violencias, miseria y muerte,

la hacían a la vez más fuerte recordando que había gente que de verdad en México y en el mundo sufría de mayor violencia e injusticia, al grado de no permitirles otro pensamiento que no fuese el de sobrevivir, incluso si había que matar solo para acaso amanecer otro día más; se autoconfirmaba que la filosofía a seguir para ese nuevo día que todavía no presentaba la luz del sol sería la misma a poner en práctica.

Al fin llegaba a su predestino, luego de salir de la estación del Metro Toreo y siempre y cuando hubiese un taxi disponible y tuviese la voluntad de llegar hasta el destino final en las proximidades del Pueblo Mágico, el municipio más poblado de México, ese en el que más feminicidios ocurren en cualquier unidad temporal en el país y cuya magia debe radicar en que un número significativo de personas desaparece diariamente sin dejar rastro. Argumentaban los choferes no querer trasladar a nadie hasta allá por no convenirles económicamente, pues al regreso el tráfico había aumentado drásticamente y a pocos transeúntes o a ninguno les interesaba subirse a un transporte tan poco económico y efectivo en ese horario para desplazarse a su incierto destino. Aunada a la violencia cotidiana a la cual todo transeúnte debía afrontar por el simple hecho de atreverse a circular por dicho espacio vital. Cuando lograba arribar a su trabajo, el costo de transportación, de ir y venir para la esforzada maestra ya se acercaba al 35% de lo que cobraba quincenalmente. Recorrido y gasto que debía cubrir dos veces a la semana ida y vuelta. “No era negocio”, pero se sentía útil y que su labor podía contribuir a cambiar la cultura y las mentalidades de sus alumn@s y compatriotas, para bien, claro. Sufrió diez asaltos en cuatro años. En dos de ellos —todos ocurrieron cuando venía de regreso del trabajo salvo uno—, cuando recién había pasado las Torres de Satélite, dos tipos en cada una de esas dos ocasiones, con pistolas amagaron, amenazaron y despojaron a las y los pasajeros de sus pertenencias. Los celulares eran lo que más les importaba. Ella no solía utilizar celular, lo cual los hacía enervarse peligrosamente y había que “negociar” con cualquier otra cosa como Lap top, dinero en efectivo, zapatos, etc., además del no pocas veces “tacto corporal”. Algunas veces un chingadazo en la cabeza fue el resultado del trueque.

Sus muchos conocimientos, títulos, cédulas, libros —que no eran tantos ni siempre recomendables a pesar del esfuerzo y dedicación en ellos depositados—, artículos y capítulos

—que tampoco eran tantos ni todos dignos de ser divulgados, más por ser mujer y nadar siempre a contracorriente del *mainstream*, que por maletas—, ni que a pesar de sus múltiples logros académicos, “científicos” y “deportivos”, entre otros, no le servirían de escudo ni de justificación para incorporarse o ser aceptada en alguna afamada institución académica de prestigio, pública o privada, en donde existiese una cátedra con rimbombantes y vacuos nombres como *Estudios sobre la paz*; o, *Derechos humanos y de género para la inclusión y el desarrollo sustentable*; o, *Educación intercultural para el mundo del mañana*; o, *Be a cuckold hero*, entre otros. Otro futuro, y a corto plazo, le aguardaba y no le daría tregua ni moneda de cambio que le asegurara salvación o redención alguna.

Unos meses después, supo que la mayoría de sus libros, discos, películas, ropa, entre muchas otras cosas y sin importar el formato, sin darse cuenta y durante muchos, muchos años, le habían sido despojados bajo pretextos y justificaciones pobres, viles y viscerales por aquellos que se supone que le amaban y en quienes podía confiar. Cosas que no por ser cosas dejaban de ser importantes, no solo por ser propias, sino por significar, por haber materializado infinidad de costos de oportunidad y de esfuerzos personales muchos de los cuales inconfesables para lograr hacerse de ellos. El secuestro, el crimen, el despojo, la intolerancia, la extorsión, la desaparición forzada y el asesinato se perpetraban fuera y dentro de casa, pero en el segundo caso, donde se suponía un refugio, un resguardo seguro, no lo era, nunca lo fue ni lo sería, producía un sentimiento aún más doloroso, cercano a la traición, la conspiración y la infidelidad. El resentimiento, el rencor, la envidia, el odio y, sobre todo la ignorancia, siempre tuvieron una demostración irrefrenable e insaciable, incontenible e interminable, cínica y vulgar.

Esta fugaz, aparentemente honesta y oportuna reflexión apenas tuvo lugar esa noche luego de la diaria travesía y las violencias impunes, cotidianas, normalizadas por la sociedad y los medios, permitidas, fomentadas e invisibilizadas cuando no gestionadas, estetizadas y patentadas por el Estado en todos sus niveles. Allí, frente al viejo espejo roído por el tiempo y la crueldad del mismo reflejo, en el cual, disponiéndose a irse a la cama en tanto la tina se llenaba de agua caliente, se miraba mientras se desmaquillaba, ya no había en frente nadie que se riera y se burlara de ella, nadie frente a quién simular que tenía algo que en-

**El resentimiento,
el rencor, la envidia,
el odio y, sobre
todo la ignorancia,
siempre tuvieron
una demostración
irrefrenable e
insaciable,
incontenible e
interminable, cínica y
vulgar.**

señar y transmitir, alguien disimulando interés por aprender o dialogar. Intentó reírse de sí misma, de sonreír, pero ya ni los motivos del odio, el resentimiento, la ignorancia y el egoísmo de tod@s le permitían que pudiera al menos avizorar la silueta de algo parecido a unas comisuras que se expandían hacía afuera en el espejo. La opaca superficie reflejante del mismo, entre grietas que semejaban las fisuras que se expandían en su resquebrajado corazón, y los vapores de la tenue iluminación mortecina de la atmósfera que se producían en el interior, en donde solo ellos se encontraban mirándose de frente entre sí, constató lo que hacía mucho tiempo antes este le había anunciado, pero que ella, todavía decidió ignorar por su innata creencia en el amor humano y sus posibilidades, postergando lo inevitable, su destino final, el último de todos. Era maestra, nunca pudo evitarlo, y los demás, siempre solo creyeron que trabajaba como tal.